

AUTOBIOGRAFÍA

Lady Anne Glenconner, una aristócrata 'rebelde' y veterana en la coronación de Carlos III

- A los noventa años, la que fuera dama de honor en la coronación de Isabel II, acaba de publicar su segundo libro de memorias, donde cuenta su azarosa vida, en la que se mezclan el privilegio y la desgracia



Lady Glenconner, que acaba de publicar su segundo libro de memorias, a los noventa años. Su nueva carrera como escritora, dice, es una etapa estupenda. "Nunca me lo había pasado tan bien en la vida (Harry Cory Wright)

EVA MILLET
23/03/2023 06:30



“**Never explain, never complain**” (“Nunca te expliques, nunca te quejes”). Esta máxima todavía se practica entre la aristocracia británica, estamento al cual lady Anne Glenconner ha pertenecido durante toda su larga vida. No en vano fue la primogénita del conde de Leicester, es viuda de un lord y, desde niña, fue amiga de las princesas Isabel y Margarita de Inglaterra. Sin olvidar que ejerció como dama de honor en la coronación de **Isabel II** y, durante tres décadas, fue dama de compañía de Margarita.

Sin embargo, pese a tal pedigrí, Anne Glenconner no ha seguido a rajatabla el dicho aristocrático de callar pase lo que pase. En los últimos años ha explicado, y mucho. En 2019 publicó *Lady in Waiting* (Hodder & Stoughton), una autobiografía subtitulada: *Mi extraordinaria vida a la sombra de la corona*. El libro, como cuenta en el prólogo, surgió a raíz de un encuentro con Helena Bonham Carter, que interpreta a la princesa Margarita en la serie *The Crown*. La actriz estaba documentándose para su personaje y lady Anne era una fuente perfecta para ello.

De hecho, lady Anne también aparece en *The Crown*. Su personaje lo interpreta Nancy Carroll, quien también se reunió con la aristócrata para preparar su papel. Como a Bonham Carter, la invitó a tomar el té, naturalmente, y conversaron durante horas. Al recordar aquellos viejos tiempos, Anne Glenconner pensó que quizás valdría la pena escribir sobre ellos. Lo hizo, y su primer libro fue un éxito. Tanto, que acaba de publicar una secuela: *Whatever Next?*, donde lady Anne explica todavía más y, también, se permite quejarse un poco.

Si por todo esto la aristócrata pasó casi de puntillas en sus primeras memorias, en las segundas, ya no se calla. “En *Lady in Waiting* escribí sobre las rabietas de Colin”, recuerda, en referencia a los episodios protagonizados por su marido que llegó a morder a un taxista en la India porque se equivocó de dirección (“Afortunadamente, no le hizo sangrar”), y a montar un espectáculo en un avión porque no le dejaban ir en primera clase (en consecuencia, le fue prohibido viajar en British Airways de por vida). Pero si en aquel primer libro trató de minimizar lo inadmisibles, alegando que lord Glenconner podía ser un hombre “maravilloso” cuando quería, en este, lady Anne no tiene ningún problema en admitir “la profunda humillación y el sufrimiento” que le provocó la conducta de su marido durante los más de cincuenta años de casados.

— **Malos tratos**

Y es que, pese a todos los privilegios, la vida de esta aristócrata no ha sido fácil: perdió a sus dos hijos mayores, uno a causa del sida, y el otro, por la heroína. Mientras esto sucedía, su tercer hijo estuvo en coma durante varios meses. Su marido, Colin Tennant (lord Glenconner), fue un millonario excéntrico que le dio todo tipo de lujos (entre ellos, una isla en el Caribe, con un elefante como mascota, y una finca en Escocia), pero fue también un hombre violento e infiel, que una vez le propinó tal paliza que la dejó sorda de un oído.

Anne Veronica Coke nació en Londres en 1932. Sus padres, hijos de condes y vizcondes, procedían de la vieja aristocracia: “El escudo de mi familia es un avestruz tragándose una herradura, símbolo de nuestra capacidad de digerir cualquier cosa”, escribe. Su niñez la pasó en Holkham Hall; la gigantesca casa familiar en Norfolk, con más de mil hectáreas de terreno. En sus galerías se exhibían estatuas clásicas

griegas y obras de Rubens y Van Dyck coleccionadas por Thomas Coke; primer conde de Leicester y quien levantó la casa en el siglo XVIII. También se atesoraba un código escrito por Leonardo da Vinci. Con diez años, a Anne se le confió la tarea “de airearlo”, lo que significaba sacarlo de la caja fuerte y pasar con sumo cuidado sus setenta y dos páginas. El manuscrito hoy pertenece a Bill Gates.

Como tantas casas señoriales inglesas, Holkham Hall está abierta al público. Sin embargo, cuando Anne era niña, ella y su familia eran los únicos que la disfrutaban. Solo se admitía a los amigos; a destacar, la familia real inglesa, cuyo palacio, Sandringham está a pocos kilómetros. Los reyes Jorge V y Jorge VI cazaron con el abuelo y el padre de Anne. “Holkham era una finca completamente orientada a la masculinidad y toda su organización era, sin lugar a dudas, anticuada”, explica la autora. De hecho, su padre fue el último conde de Leicester por línea directa: siguiendo las leyes de primogenitura inglesas, al no tener descendencia masculina, el título y la propiedad pasaron a un sobrino lejano, no a Anne. “Intenté con todas mis fuerzas ser un niño e, incluso, pesé casi cinco kilos al nacer, pero fui una niña y no hubo nada que hacer”, sintetiza.

Mientras los hombres cazaban faisanes y perdices y las mujeres tomaban el té, las hermanas Coke jugaban con las princesas Isabel y Margarita. Anne recuerda a la futura reina de Inglaterra como una niña responsable y cautelosa, mientras que su hermana, con la que Anne se llevaba tres años: “Era traviesa, divertida e imaginativa”. De aquellos veranos en la playa de Holkham bajo la vigilancia de las niñeras, y las fiestas de Navidad en el castillo de Windsor, surgiría una amistad entre las dos que duraría, literalmente, hasta la muerte de la princesa Margarita en 2002.



“ El escudo de mi familia es un avestruz tragándose una herradura, símbolo de nuestra capacidad de digerir cualquier cosa”

Durante aquellas décadas, ambas soportaron la guerra, se presentaron en sociedad, se casaron, tuvieron hijos, vivieron matrimonios tormentosos, viajaron juntas y acudieron a centenares de fiestas y actos sociales en representación de la corona. Sin embargo, si hay un episodio vinculado a la familia real que lady Anne recuerda con detalle es la coronación de Isabel II, en la que ejerció como una de las seis damas de honor. ¿Su rol? Ayudar a llevar la cola de armiño y terciopelo de la soberana. Una tarea para la que se tuvo que practicar durante horas bajo la vigilancia del duque de Norfolk, el organizador del regio evento (“Tenía 94 esquemas, cada uno mostrando diferentes partes de la ceremonia, cada minuto estaba pensado y cada movimiento, prescrito”).

La joven Anne Coke recuerda con más arrobo a otro noble participante, el marqués de Cholmondeley (pronúnciese Chumley): “Era guapísimo y estaba muy orgulloso de su aspecto”. El problema era que, “como no se había vestido solo en su vida”, no era capaz de abrochar los ganchos de una de las vestiduras en una parte del ceremonial. Al final, el tema se solucionó poniendo corchetes, más fáciles de manipular.



Su Majestad la reina Isabel II con sus damas de honor, Salón Verde, Palacio de Buckingham, 2 de junio de 1953 junto a sus damas de honor (Getty Images)

Lady Anne recuerda todavía con emoción la llegada a la abadía de Westmister de la carroza real: “Me han preguntado muchísimas veces si la reina parecía nerviosa. No: estaba tranquila, como siempre. Sabía exactamente lo que tenía que hacer”. Nunca

olvidará como, antes de iniciar la procesión, Isabel II se giró hacia sus damas de compañía y les dijo: “Ready, girls?” (¿Preparadas, chicas?). “Todas asentimos y empezamos a caminar”.

Sin apenas dormir y sin desayunar, hubo un momento de la coronación en el que Anne empezó a marearse. Por fortuna, el caballero ujier del Bastón Negro, uno de los muchos altos funcionarios participantes, acudió a su rescate, sosteniéndola discretamente. Poco después, la adrenalina (además de un trago de whisky ofrecido por el arzobispo de Canterbury), acudieron en su ayuda y el resto del día transcurrió sin incidentes. “Salir al exterior, detrás de la reina, fue aún más emocionante que entrar en la abadía (...) parecía que todo el país estaba vitoreando”.

La única que parecía no haberlo pasado tan bien, observó, era la princesa Margarita. Cuando, años después, le preguntó por qué, la respuesta fue clara: “Me dijo que por supuesto que estaba triste: ‘Acabo de perder a mi querido padre y, realmente, también acabo de perder a mi hermana, que va a estar muy ocupada a partir de ahora’”, escribe Lady Glenconner. La figura de Margarita es una constante en sus memorias, pero si alguien las domina es el marido de Anne, Colin Tennant, con el que tuvo cinco hijos, de los que sobreviven tres.



Colin Tennant, tercer barón de Glenconner, y su esposa Anne, en la isla de Mustique, de la que es propietario privado, marzo de 1973 (Getty Images)

Colin era bisnieto de Charles Tennant, primer barón de Glenconner e inventor de la lejía. Heredero de una gran fortuna familiar, entre las cosas que más le gustaban estaba comprar fastuosas viviendas sin consultar a su mujer, vestirse llamativamente, no usar platos para comer y organizar fiestas. “La excentricidad corría en la familia”, explica Anne. La excentricidad y algo más: ya antes de casarse, la joven novia se quedaba, literalmente, paralizada ante los repentinos ataques

de ira de su esposo: “De un momento a otro, Colin podía cambiar por completo, su rostro se transformaba por la ira, como el de un hombre lobo, y explotaba”. Sin embargo, Anne se creyó la promesa de su futuro marido que, una vez casados, “cambiaría”, lo que no sucedió.

Pronto supo que su matrimonio no tenía remedio, pero nunca pensó en separarse. Era algo que a las mujeres de su círculo, dice, no les pasaba por la cabeza. Tanto su madre como sus amigas (entre ellas, la princesa Margarita), le instaban a callar y aguantar: “Prácticamente a todas se nos decía que teníamos que seguir adelante y no quejarnos. Incluso la reina, jefa de estado, tenía que esforzarse para hacer feliz a su marido”, observa en su último libro. En consecuencia, su rol como esposa de lord Glenconner era: “Hacer lo que él quería, solucionar los líos en los que se metía y aparecer siempre encantada con todo”.

— **Mustique, el refugio**

Así cuando, en 1958, el impulsivo Colin compró una isla en el Caribe llamada Mustique, donde no había ni agua corriente ni luz, Anne sonrió y calló. Con el tiempo, se convertiría en refugio de los ricos y famosos. En parte porque Colin, como regalo de bodas a la princesa Margarita, le obsequió con una parcela y le construyó una casa bautizada como Les Jolies Eaux. La reina Isabel y su marido visitaron Mustique en tres ocasiones. Hoy es uno de los lugares favoritos del príncipe Guillermo y su esposa, Kate Middleton.

En Mustique, lady Anne Glenconner vivió algunos de los momentos más fabulosos y espantosos de su vida: divertidas vacaciones familiares con sus cinco hijos, sofisticadas fiestas y tardes junto a la princesa Margarita, en el Basil's Bar, entonces el único de la isla. Ambas pasaron también muchas horas en la playa, recogiendo conchas y nadando en las aguas turquesas mientras sus amigos se pelaban de frío en Inglaterra. Pero también fue en Mustique donde, una noche, su aristocrático esposo le

dio una paliza con un bastón hecho de hueso de tiburón, que la dejó sorda de un oído y convaleciente durante varios días.

Aquello, asegura, implicó un punto de inflexión en su matrimonio. Sin embargo, a diferencia de la princesa Margarita, lady Anne no se divorció, sino que optó por estar el máximo posible alejada de su marido. Se dedicó a sus hijos y a su rol de dama de compañía de la princesa, a la que siempre llamó “Madam”. También empezó a colaborar con proyectos de ayuda para mujeres maltratadas, algo que sigue haciendo a sus noventa años.

Lady Anne no se divorció, sino que optó por estar el máximo posible alejada de su marido

Colin, por su parte, pasaba la mayor parte de su tiempo en el Caribe. Siempre caprichoso, se hizo traer a la isla un elefante rescatado de un zoo escocés. Con el tiempo, el cuidador del animal, un chico del pueblo llamado Kent, se convertiría en su mayordomo. Y a Kent le dejó toda su fortuna lord Glenconner tras su muerte en 2010. “Todavía no sé por qué tomó esta decisión horrible, pero la viví como un último ademán de su faceta sádica, que se regocijaba en el malestar de los otros y que, a menudo, hizo que mi matrimonio se convirtiera en una carga imposible”, resume lady Anne, la mujer que ha decidido dejar de callar.//